

Miércoles IX del TO Ciclo B



5 de junio de 2024

2Tim 1,1-3.6-12

Sal 122

Mc 12, 18-27

P. Eduardo Suanzes, msps

Los dirigentes, los del Consejo, han fracasado en sus intentos de tenderle trampas a Jesús para cazarlo en “algún renuncio”. Han cooperado entre ellos, se han acercado distintas facciones sociales con el propósito de atraparle, pero con el mismo resultado: Jesús les ha dejado de una pieza. Esta ofensiva, digamos, corporativa del Sanedrín finaliza. Desisten. Ahora se manifiestan las divisiones entre ellos y “atacan” por separado. El partido saduceo, de gran poderío económico, compuesto por la aristocracia civil y la sacerdotal, quiere aprovecharse de la autoridad de Jesús para desacreditar al partido fariseo, al que pertenecen los letrados.¹

Al partido saduceo pertenecían dos grupos del Sanedrín o Consejo: los senadores (seglares) y los sumos sacerdotes. Desde el punto de vista político eran partidarios del orden establecido por el Imperio, en el que tenían un papel hegemónico, y colaboracionistas con los romanos, con los que mantenían, sin embargo, un difícil equilibrio de poder. Se oponían a los fariseos porque rechazaban la llamada tradición oral, a la que aquellos atribuían autoridad divina. Eran abiertos respecto a la cultura helenística. No veían en la Escritura la noción de una vida después de la muerte; su horizonte era esta vida, y en ella procuraban mantener su posición de poder y de privilegio. Su pecado era el materialismo, pues sus objetivos en la vida eran el dinero y el poder, junto con la posición social que ocupaban.

Se acercan a Jesús y lo llaman «*Maestro*», pues van a pedirle que resuelva un caso teórico que, sin duda, refleja una larga controversia con los fariseos. Ellos, los saduceos, sostienen que todo acaba con la muerte, y el caso que proponen demostraría lo absurdo de la creencia en la resurrección, sostenida por los fariseos, quienes concebían la vida futura como una continuación de la vida mortal. Mencionan la ley del levirato, instituida por Moisés, en el cual una mujer viuda que no ha tenido hijos debía casarse (obligatoriamente) con uno de los hermanos de su fallecido esposo; y exponen el problema con una historia cuyo objetivo es hacer ridícula la doctrina farisea.

«*Les contestó Jesús: ‘Precisamente por eso están equivocados, por no conocer la Escritura ni la fuerza de Dios’*». La respuesta de Jesús es dura: los dirigentes del templo y de la nación están en el error, por dos razones: porque ignoran «*la Escritura*» (es decir, lo que Dios ha dicho) y porque no conocen «*la fuerza de Dios*» (lo que Dios hace), el dador de vida, no tienen experiencia de la acción de Dios. La denuncia es tremenda: las autoridades religiosas supremas, ***los que se llaman representantes de Dios, administran el templo y ejercen el culto, no conocen a Dios ni en su palabra ni en su acción.***

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *Marcos. Texto y comentarios*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1994

Pero además, en su respuesta, («*porque, cuando **resucitan**² de la muerte, ni los hombres ni las mujeres **se casan, son como ángeles del cielo***») corrige Jesús la doctrina farisea en dos aspectos: precisa ante todo que el estado futuro del hombre no es una prolongación de su estado presente; no hay matrimonio ni procreación, porque la vida inmortal no se transmite por generación humana, se recibe directamente de Dios; «*ser como ángeles*» indica el estado propio de los que están en la esfera divina (el cielo). Al mismo tiempo precisa Jesús el cuándo de la resurrección: mientras los saduceos, ateniéndose a la doctrina farisea, hablaban de ella en futuro («*en la resurrección, ¿de cuál de ellos va a ser mujer?*»), Jesús habla en presente («*cuando **resucitan**³..., no se **casan... son como ángeles***»). La resurrección no es un acontecimiento lejano, es simplemente la vida que continúa después de la muerte (no una prolongación de la actual), y se está verificando ya desde ahora. Ahí está la fuerza de Dios que ellos no conocen.

Por último cuando les dice eso de que «*Y acerca de que los muertos resucitan, ¿no han leído en el libro de Moisés, en el episodio de la zarza, lo que le dijo Dios?...*», ahora les muestra que tampoco conocen la Escritura y, para probar la vida después de la muerte, les cita una declaración de Dios mismo: «*Yo soy el Dios de Abrahán, etc.*»: cuando Dios habló a Moisés, los patriarcas, Abraham y los demás, seguían vivos o, en otras palabras, estaban ya resucitados; el Dios fiel no deja que perezcan los que él ha amado. El Dios de Jesús es el Dios de la vida, porque su fuerza es fuerza de vida; el dios del sistema, por el contrario, es el dios de la muerte.

De ahí que lo que yo creo que se nos pide en el evangelio de hoy es que la vida de Dios, que es la vida que ha sido sembrada en nuestros corazones en el bautismo y que se desarrollará hasta la eternidad, tenga una real influencia, en presente, en nuestra vida común y ordinaria. Si vemos cómo Jesús habla en presente de la vida en el cielo, ¿en qué se diferencia el que Dios está conmigo hoy y el que esté conmigo en la eternidad? Porque Él no cambia. Cuando muera, mi vida no será una prolongación de esta, sino que se transformará como dice Jesús y será entonces que respiraré la misma vida divina de Dios, sumergido en Él mismo, como una gota de agua se transforma en el océano. Hablar de las vicisitudes de esa gota de agua, si es de lluvia, de río o de rocío; de si está mezclada con un tanto de arena, de la trayectoria que ha recorrido hasta llegar al mar; de si es clara o turbia; de su concentración calcárea o de su salinidad, etc..., no tiene sentido: porque ya está en el océano infinito transformado en él.

² Remarco estas palabras en **negrita** para que nos demos cuenta que Jesús está hablando en presente, no en futuro.

³ La liturgia, y muchas Biblias, traduce por “*cuando resuciten...serán*”, que expresa futuro, posibilidad...Sin embargo, el texto original en griego está en tercera persona plural del presente: «*cuando resucitan...son*».